

ACCION

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

San Gregorio Magno habla de los cristianos que hacia el fin de los tiempos, "obedeciendo a una falsa política, serían tímidos y cobardes en la defensa de la verdad, y por una culpable tolerancia se callarán ante la violación de las leyes divinas y humanas. Predicarán la prudencia y la política mundanas, y pervertirán, con sus sofismas y su facundia, el espíritu de los simples" (1).

El silencio es quizá la característica más señalada del cristiano en estos tiempos, que parecen caracterizarse por el ruido, y que para algunos —por ejemplo, Marshall McLuhan— incluso originan un nuevo tipo de hombre producto de estas técnicas electrónicas que se han introducido por la voz y la imagen en todos los hogares y en todas las mentes (2).

"Esta pasividad frente al error activo y militante, esta ociosidad apostólica de algunos modernos católicos ante la pasmosa actividad de los enemigos de Dios, esta ausencia de técnica y organización en defensa de la verdad frente al ejército unificado y compacto de los sembradores del error, parece ser la mayor traición del momento contra la verdad" (3).

Y esto, cuando en palabras del Pío XII "es todo un mundo

(1) S. Gregorio Magno: *Comentarios al libro de Job*. Citado por J. Ousset, *Para que Él reine*, pág. 297, Madrid, 1961.

(2) Cfr. Juan Vallet de Goytisolo: *Sociedad de Masas y Derecho*, págs. 73 sigs.

(3) "Pastoral colectiva del Episcopado ecuatoriano", abril 1960, *Ecclesia*, 25-II-1961; *Ecclesia*, núm. 1.024, pág. 15.

lo que hay que rehacer desde sus cimientos" (4). No puede haber mayor contradicción entre la actividad real de los católicos y la que deberían tener si quisieran conformar de acuerdo con sus ideas este siglo XX en el que nos ha tocado vivir.

Sin embargo, la doctrina social de la Iglesia, el derecho público cristiano no es un consejo evangélico cuyo cumplimiento significaría un mayor mérito para la vida eterna. Es en este mundo —aunque ciertamente también en el más allá— donde se recogerán los frutos de una civilización basada en el derecho natural o donde se sufrirá el haberse separado de él.

Hay, pues, además de un deber de estado, un egoísmo muy natural en implantar una sociedad humana en lugar de la termitera con que nos amenaza el totalitarismo. Pues de ello depende nuestra felicidad. O conseguimos un mundo para hombres —y en ese mundo tenemos que vivir nosotros y nuestros hijos— o esa marea infrahumana que constituyen las masas, y que Vallet ha descrito admirablemente en su último libro (5), nos ahogará en la esclavitud.

Si es todo un mundo el que hay que rehacer, esto no se conseguirá con el silencio, con la cobardía, con la inactividad. Es necesaria, es urgentemente necesaria la acción (6). Y no hay peor engaño que el de creer que Dios, no se sabe por qué motivos, arreglará un mundo en el que Él ha querido fuésemos nosotros los que organizásemos en él la convivencia. Este sobrenaturalismo mal entendido esconde, tras una apariencia de santo abandono en mano de Dios, el séptimo de los pecados capitales: la pereza.

A Dios rogando y con el mazo dando, dice el viejo refrán castellano, y éste ha sido el modo de proceder que siempre ha autorizado la más ortodoxa doctrina católica. Orar como si nuestra acción debiera ser inútil, y actuar como si nuestra oración pudiera serlo también.

(4) Pío XII: *Mensaje por un mundo mejor*, 10-II-1952.

(5) Juan Vallet de Goytisolo, *ob. cit.*

(6) Recordamos como libro básico *La Acción*, de Jean Ousset, Speiro, S. A., Madrid, 1969, libro que a lo largo de estas páginas seguimos en muchas ocasiones.

No es necesario describir la situación actual del mundo y explicar el porqué de nuestro disgusto ante ella. El hombre, cada vez menos hombre pues parece haber renunciado al más excelso de sus atributos, la inteligencia, está alcanzando simas pocas veces igualadas de degeneración moral, y el hombre que no piensa y que vive peor que los animales no merece otro trato que el de ser conducido en manada, sintiendo sobre su espalda el látigo del conductor.

Es esta situación la que hay que cambiar, y para conseguirlo es preciso —son palabras de Pío XII— vencer “la apatía o la timidez de los buenos, que se retiran de la lucha o resisten con excesiva debilidad” (7). Si este mundo no nos gusta, si presagios siniestros amanecen, es necesario aprestarnos a la acción, porque las palabras de Demóstenes a los atenienses (8) tienen resonancias muy actuales: “¡Ciertamente las cosas van mal, y os desesperais! Pero equivocadamente. Tendríais razón, en efecto, si habiendo realizado todo lo necesario para que las cosas marchasen bien, las hubieseis visto sin embargo estropearse. Pero las cosas han ido mal hasta ahora porque no habeis hecho lo necesario para que fueran de otra forma. Os queda por hacer lo que no habeis hecho, y las cosas irán bien. ¿Por qué, pues, os desesperais ahora?” Somos los grandes culpables de lo que lamentamos. Por eso creemos, con Ousset, que la victoria de la Revolución, lejos de manifestar una ausencia de la justicia divina, expresa perfectamente el respeto absoluto de Dios por el plan de la creación, que atribuye, incluso al malvado, el fruto normal de su trabajo.

El labrador impío que doblado sobre el surco cuida de su cosecha verá cómo ésta grana, salvo especial intervención de Dios, mientras que aquel que pase sus días en oración y penitencia, pero sin cuidarse de sembrar y abonar, no verá —salvo un milagro, y éstos se producen en muy pocos casos— el verdor del trigo en primavera ni el grano dorado llenando sus trojes.

(7) Pío XII: “Quas Primas”, *Documentos Políticos*, pág. 511, BAC, Madrid, 1958.

(8) Citadas por J. Ousset: *La Acción*, pág. 23.

“Porque si es cierto, como está escrito en el salmo CXI, que «el deseo de los pecadores parecerá *desiderium peccatorum peribit*», no se ve porque este indefectible castigo divino debería corresponder al retorno victorioso de un ejército que no ha combatido, «de hijos de la luz» que no han alumbrado. Retorno victorioso que sería el insolente triunfo de estos pretendidos «buenos», de los que San Pío X no temía afirmar que por su pereza, por su cobardía, son más que todos los otros el nervio del reino de Satán” (9).

Los versos del nicaragüense adquieren tonos proféticos (10).

“Brumas septentrionales nos llenan de tristeza,
se mueren nuestras rosas, se agostan nuestras palmas,
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.”

Y la pregunta ahí se queda para que la contesteis: “¿Callaremos ahora para llorar después?”

* * *

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que no hay nada más inoperante que ese activismo que surge de un momento de euforia o de desesperación, y que lanza a gentes, quizá bien intencionadas, pero que no saben lo que quieren, a golpes de mano que no conducen a nada. La acción que hay que emprender contra la Revolución no puede ser, si se quiere una mínima posibilidad de triunfo, improvisada ni momentánea. Es preciso saber muy bien adónde se quiere ir y dedicarse a ello intensamente y de un modo duradero.

Y si dijimos que es toda una sociedad la que hay que rehacer hay que dedicarse a ello con fe y con esperanza.

La acción a emprender, una acción regeneradora del cuerpo social, hay que realizarla en múltiples campos. En el plano fami-

(9) Jean Ousset: *La Acción*, pág. 12.

(10) Rubén Darío: *Poetas completas*, pág. 732, Aguilar. Madrid, 1954.

liar —¡ cuántos padres se lamentan del hijo rebelde, hijo que nunca recibió de su padre una palabra de orientación!—; en el profesional —¡ cuántas veces magníficos profesionales abandonan al enemigo, sus colegios, sus organizaciones, las mil instituciones desde las que se podría imponer un dique efectivo a las fuerzas de la revolución!—. En el municipal y regional. En la empresa y en la agricultura. En el sindicato y en la política. En la parroquia y en la diócesis. En todo lugar tenéis que hacer sentir vuestra presencia. Porque “el verdadero cristiano debe serlo como hombre individual, pero debe serlo también en su hogar, como jefe de una familia, debe serlo asimismo en su profesión, y debe serlo en su vida privada y en su vida pública”. (11).

Si queremos la sociedad organizada conforme a esos principios que creemos son los únicos que pueden salvarla, no podemos contentarnos con desearlo. Y “no digais jamás: Somos las minorías. Acordaos de aquella frase del Evangelio pronunciada por Jesús: «Por qué donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos». Ved cómo no ha hablado de mayoría. Si sois dos o tres no os conteis, comenzad con audacia” (12).

Y todo lo que pueda parecer imposible pensad que siempre puede dividirse en posibles parciales que una vez completados integrarán el todo que se juzgaba imposible alcanzar. ¿No parecía imposible que doce pescadores galileos conquistasen el mundo?

Sin embargo, no pensemos que el camino es fácil y la victoria segura. Un falso optimismo nos haría desfallecer ante el primer fracaso. Y cuando hemos abandonado tantos años el campo al enemigo, la reconquista tiene que ser ardua y ha de costar sangre.

¿Cómo podemos actuar? Este es el fin de este encuentro. Pen-

(11) Cardenal Pla y Daniel: Discurso en la clausura a la Asamblea de Acción Social Patronal. VERBO, serie I, núm. 3, pág. 61 (1961).

(12) P. de la Gorce, cit. por J. Ousset: *Para que Él reine*, pág. 440. La Ciudad Católica. Madrid, 1961.

sar juntos en posibilidades de acción, en caminos a emprender. Lo que parece claro es que nuestra acción no puede enfocarse a corregir un solo aspecto del desorden, porque al ser éste múltiple hay que aplicarse a atajarlo por doquier. Y ello, además, porque no hay que olvidar las características psicológicas del ser humano. El agricultor se interesará por la educación de los hijos, tema que también preocupará al industrial; pero a éste quizá no le preocupe demasiado una sana descentralización regional o a aquél no le interese mayormente el problema de la gestión de la empresa. Lo que no deja de ser natural y lo que permite que en todos los campos existan gentes decididas y con conocimiento del tema dispuestas al combate.

Y lo que permite también que sean múltiples las organizaciones destinadas a combatir la Revolución y a restaurar el orden social cristiano. Multiplicidad de grupos, que es también en sí misma una ventaja, al impedir los enormes gastos burocráticos de los grandes organismos y sobre todo al no poder los miembros desentenderse de la acción, como ocurre en los grandes partidos donde la mayoría de los afiliados se limitan a votar en las elecciones, y eso cuando votan.

Y otra ventaja que tampoco hay que desdeñar es que al ser muchos los grupos existentes es más difícil el actuar contra ellos.

Es preciso, sin embargo, que haya una relativa unidad, que no la darán, al no existir, el jefe o la organización única. Ese actuar convergente que hace que todos peleando sus batallas consigan la victoria final no puede lograrse más que trabajando "en la unidad de un mismo espíritu" (13).

Este ha de ser el elemento sincronizador de todas las actividades singulares. Y el cómo conseguirlo debe ser nuestra preocupación fundamental.

Es la doctrina de la Iglesia la que puede darnos a todos ese sentir común, ese pensamiento unánime. Es preciso, pues, que esa doctrina sea conocida por todos los que se lancen a ese com-

(13) Jean Ousset: *La Acción*, págs. 42 y sigs.

bate de reconstrucción social. Hay que formar unas élites que sean las mantenedoras de la pureza de la verdad en el duro bregar de la acción. Personas que conozcan la verdad y que la irradian. Personas que animen a todos los cuerpos intermedios, inyectándoles a la vez el amor a la verdad y el espíritu de combate. Que no se recreen con la posesión de la doctrina o en comentarla en el círculo de los iniciados, porque “de poco sirve el propósito catequista si se confina en círculos afines, a enseñarle la lección a los que ya la saben, a convencer convictos, confesar confesos y repartir hojitas parroquiales entre parroquianos devotos” (14).

Sólo queda advertir que la doctrina de la Iglesia, que hasta la década de los años sesenta había sido propuesta sin discrepancias apreciables, es hoy falseada por clérigos y laicos que pretenden hacernos pasar por palabras de Dios a Marx, Mao o Marcuse. La exhortación de San Pablo a Timoteo cobra hoy renovada actualidad: “Predica la palabra, insiste a tiempo y desde tiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina, pues vendrá un tiempo, en que no sufrirán la sana doctrina; antes, deseosos de novedades, se armontarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas” (15). Y pretender edificar la ciudad sobre fábulas es hacerlo sobre arena. Por ello es todavía más necesario el conocimiento de la verdad, ya que no basta cualquier *nihil obstat* para garantizar una doctrina. Es sólo el *Ubi Petrus* lo que nos asegura la verdad.

Cuando proliferan los clérigos “contestatarios”, cuando cardenales hacen declaraciones lanzadas al escándalo desde plataformas publicitarias del más avanzado progresismo como son las *Informations Catholiques Internationales* (16), el contrastar las

(14) Eugenio Montes: *El viajero y su sombra*, pág. 134. Ed. Cultura Española. Madrid, 1941.

(15) San Pablo: *II Epístola a Timoteo*, 4,2-4. Nácar-Colunga. Sagrada Biblia, pág. 1464. BAC. Madrid, 1955.

(16) M. Clement: “Um leigo assume a defesa do Papa contra um Cardeal”, *Hora presente*, agosto 1969, núm. 4, págs. 121-146.

teorías con la roca incommovible de Pedro es un norma de elemental prudencia.

Pero una vez en posesión de la doctrina es necesario también un máximo de flexibilidad para no esterilizarnos en luchas entre hermanos por puntos totalmente secundarios. Los grupos que se opongan a la Revolución tendrán legítimas preferencias que no serán compartidas por todos. Pero preferencias en la unidad del mismo espíritu. Y esas diversidades legítimas no habrán de constituir nunca motivos de disensión. ¡Cuántas veces no se ha logrado una unión vital para el triunfo por ridículas diferencias accidentales! Porque no simpatizamos con tal persona. Porque los miembros de tal grupo no son de determinada asociación apostólica. Porque en tal otro vemos "peligrosos infiltrados" porque no llevan el escapulario o no practican determinada devoción. Cosas en sí todas ellas legítimas y muchas de ellas hasta santas, pero que entran dentro del campo de las opciones libres o de las materias no esenciales.

Huyamos, pues, del uniformismo como de un peligro, y si somos devotos, por ejemplo, de Ignacio de Loyola comprendamos que otros pueden serlo de Domingo de Guzmán o de Teresa de Jesús. Y precisamente esta unión de devociones, de métodos, de personas son lo que hacen viva y operante a la sociedad, que no hay que olvidar está compuesta de hombres que en lo único que son iguales es en la suprema dignidad de ser hijos de Dios.

Y una última consideración: en toda acción que se emprende no puede perderse de vista el concepto de eficacia. El magnífico libro de Jean Ousset, *La Acción*, indispensable para todo planteamiento de la misma, y que podéis adquirir en la sección de libros del Congreso, estudia, entre otros, este aspecto trascendental de la acción (17).

Se da el caso de católicos que piensan que con trabajar no hay ya que preocuparse por el resultado, pues Dios, que ve intenciones y desvelos, premiará con su gloria a aquel que ha combatido.

"Importa poco la evidencia del resultado en la vida sobre-

(17) J. Ousset: *La Acción*, págs. 6 y sigs.

natural, en la vida interior y de puro amor a Dios, ya que en este orden de cosas el fin directo inmediato es agradar a Dios, y se sabe que esta finalidad se consigue normalmente por el mismo hecho de dedicarse a ello generosamente.

Sin embargo, ya no es así cuando se abordan actividades menos directamente ordenadas a Dios, a finalidades temporales específicas.

¿Qué se diría, por ejemplo, del fraile cocinero que, so pretexto de que gana el cielo afanándose en torno a los fogones, no se inquietase por el efecto de sus mixturas, de sus platos quemados, de sus salsas purgantes, de sus caldos explosivos?

Y, asimismo, ¿qué se pensaría de la religiosa enfermera que, a pretexto de que también gana el cielo por el hecho de ser una religiosa orante y ferviente, no se preocupase de la ineficacia habitual de los remedios escogidos, de los cuidados prodigados? ¿Y quién se atrevería a decirle: "Hermana, no se inquiete de que los enfermos se le mueran a chorros en cuanto quedan a su cargo. Poco importa el resultado. ¡Animo! Lo importante es que de esta manera gane usted el cielo?" (18).

Debemos pensar si nuestra acción es eficaz, para reconsiderarla si es preciso o incluso abandonarla para emprender otra nueva si necesario fuera. Y ello con humildad y sin resentimientos.

Sólo en este caso, después de trabajar denodadamente y preocupados siempre por la eficacia, si ocurre que la Providencia no bendice nuestros esfuerzos, podemos llegar tranquilos al juicio de "Aquel que en su bondad infinita reserva a los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria" (19).

(18) J. Ousset: *La Acción*, pág. 7.

(19) J. Donoso Cortés: *Carta al Conde de Montalambert (26-V-1849)*. Citado por Eugenio Vegas, *Escritos Políticos*, t. I, pág. 7. Editorial Circulo. Zaragoza, 1959.